

Sábado 2 de Octubre de 1920

LA TOILETTE DEL LEON

El león despertó temprano. A las violentas emociones de una noche en que las gloriosas y halagüeñas visiones del Tribunal de Honor alternaban por momentos con el trágico fantasma del Congreso Pleno, venía agregarse ahora una especie de cordel que le enredaba los pies produciéndole un extraño cosquilleo.

La sensación de hallarse atado repercutía en su espíritu nublado aún por el sueño, en un presentimiento doloroso: creía ya haber perdido una parte de su personalidad.

Se irguió violentamente en el lecho y avanzó un zarpazo tímido y nervioso entre las sábanas. Si hubiera cogido una serpiente, no habría dado un grito más agudo. Lo que él había creído un simple trezo de cordel, era una cola nuevecita, nerviosa, retorcida, su propia cola, en fin, separada de su sitio por la espada ciega, implacable y justiciera de un ex-magistrado.

Sólo entonces, volviendo a la realidad, notó que se sentaba con mayor comodidad.

De un salto estuvo ante el espejo. ¡Qué enorme transformación! Un león sin cola, resulta un ser amorfo y extraño, un espécimen ridículo, no clasificado por Cuvier, e indigne de figurar en la escala zoológica.

La poética melena que tan bien le sentaba, en sus tiempos juveniles de combate, le caía con desgaire pretencioso y discordante sobre su faz de hombre de Estado, por que notó que su semblante no era el de antes, y que el sello altanero de su bello belicoso, cedía el paso a la sonrisa complaciente e irónica de don Juan Luis ante un gabinete impuesto por las circunstancias políticas.

Tomó, pues, el hisopo y con un suspiro de resignación comenzó a cubrir de espuma el extemporáneo e hirsuto aditamento capilar.

Entre tanto, repasaba en su memoria la lista del Congreso con que había de formar su mayoría de Gobierno, y por primera vez pensó cuán grave es la situación de un Presidente electo que echa su barba en remojo.

Luego, con resolución, empuñó la navaja y procedió a echarse abajo la melena con la misma inconsciencia con que en más de una ocasión había echado abajo un ministerio.

Sobre la mesa de toilette, había un trocito blanco que creyó piedra alumbre. Al pasarlo por sus mejillas, ya rapadas, se apercibió, sin embargo, con dolor, de que se deshacía entre las manos ni más ni menos que si fuera yeso. Era, en efecto, un pedacito de estuco milagroso del balcón donde había escuchado tantas veces el aplauso popular. ¿Se desharía también ese entusiasmo ante la fría realidad de una administración?

Bajó los ojos, pesaroso, meditando en la responsabilidad que de la noche a la mañana caía sobre sus hombros, y vió, sin querer, sus garras relucientes y bravas de león joven. No! esas manos tampoco sentaban bien a un mandatario! Recorrió mentalmente los retratos de los viejos presidentes, pintados por Monvoisin, ora con la mano al pecho, ora, apoyada sobre el pomo de la espada, o la luciente empuñadura del bastón, y silencioso, resignadamente, se cortó las uñas.

Desprovisto ya de todos sus arreos de fiera, dirigió una mirada anhelante al espejo. La luna biselada, le devolvió su figura, respetable y enérgica: era todo un Presidente y él mismo estuvo a punto de quitarse el sombrero. El espejo sumiso y justiciero también, le repetía, que su persona era intangible, que no debía ser llevada a los debates de la Cámara aun cuando dirigiera las relaciones exteriores, y que el buen humor de la prensa tendría que desafogarse, de allí en adelante, en sus ministros.



Sintió, entonces, deseos de imponerse de los diarios. Por desgracia el único impreso que encontró a la mano fué un suplemento aparecido la víspera. Se hablaba allí, de que el Presidente electo haría un viaje a las repúblicas sudamericanas, para estudiar en ellas las reformas, revoluciones, etc., que convendría implantar en el país y consolidar las relaciones internacionales.

Aquella jira, con bombo, gritería y extensa comitiva, le hizo el efecto de esos carros aderezados por los circos, con "tonys" y monos sabios, en las ciudades provincianas para atraer público a la farsa, y arrojó el papelucho con desprecio.

Luego pensó en su actitud. ¿Tomaría el aire marcial y enérgico de O'Higgins, la campechanería de don José Joaquín Pérez, la arrogancia de Balmaceda, el tono socarrón de don Ramón Barros Luco, o la sonrisa enigmática de su predecesor?

Al ensayar ante el espejo una de esas actitudes, metió la mano en el bolsillo de uno de los faldones del chaqué y tropezó con un bulto pequeño, tibio y palpitante; era un corazón, uno de tantos corazones que repartía al pueblo en sus discursos, y que se le había quedado por descuido en el fondo de la olvidada faltriquera. Lo miró por todos lados, lo dejó sobre la mesa, y se puso a meditar en la cuestión económica, la instrucción pública, las relaciones exteriores y una serie interminable de problemas que tendría que abordar en su gobierno.

Nadie habría reconocido en ese hombre sesudo y mesurado al León de Tarapacá.

La toilette había sido completa.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile

P.